

DÍA DEL LIBRO 2009



ESCUELA DE ESCRITORES

RELATO DE JAVIER SAÉZ IBARRA
FOTOGRAFÍA DE RAFA TURNES

Mirar al agua Javier Sáez Ibarra



Editorial *Páginas de Espuma*

Ganador I Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero



El nexos en común de los dieciséis relatos que componen *Mirar al agua. Cuentos plásticos* es la intención de que todos ellos tengan que ver de una forma u otra con el arte, y en muchas ocasiones con el arte contemporáneo, más exactamente. Así, no sólo cuenta una historia sino que propone un discurso que plantea dudas intelectuales sobre la creación, el arte y la propia construcción del texto.

El diálogo entre las artes plásticas y la literatura que Sáez de Ibarra plantea en este libro de relatos es un tema muy poco usual en la narrativa española. El relato que os ofrecemos, y que da título al libro, narra una discusión en una muestra de arte contemporáneo, entre un hombre y una mujer que intentan convencerse de que lo que muestran las obras de arte no siempre es lo único que manifiestan.

Javier Sáez de Ibarra (Vitoria, 1961)



Javier Sáez de Ibarra reside en Madrid. Trabaja como profesor de Lengua y Literatura en un instituto. Ha publicado los libros de relatos *El lector de Spinoza* (Páginas de Espuma, 2004) y *Propuesta imposible* (Páginas de Espuma 2008) –ambos tuvieron una excelente acogida de la crítica– y el poemario *Motivos* (Icaria, 2006). Escribe ensayos y textos de creación que han aparecido en diferentes revistas.

Sobre el autor

«Es un inmenso placer dar la bienvenida a este primer libro de Javier Sáez de Ibarra. Contiene un puñado de cuentos que no se sirven del recurso más habitual del golpe bajo. Apuntan más alto. Buscan dar de lleno, antes que en las entretelas del lector, en el centro mismo de su inteligencia. Y lo logran feliz y plenamente. Una nueva voz, sutil y poderosa a un tiempo, para el género cuento», Hipólito G. Navarro.

«Son cuentos de voces y en todos, a pesar de su disparidad, oigo ese tono profético, intenso y visionario, que Forster le adjudicaba a autores como Dostoievski y D.

H. Lawrence», Marta Aponte Alsina. «Tiene una cierta vocación de trascendencia, de intentar ir más allá de lo que las palabras cuentan, de meditar sobre esa realidad», Care Santos. El Cultural de El Mundo.

«Sus cuentos son todos introspectivos, ricos, exuberantes», Medardo Fraile, Cuadernos del Sur, Diario de Córdoba.

«Nos conduce por distintos pasadizos por los que es posible descubrir la vida en sus territorios más inaccesibles. Al filo del abismo o de la tristeza humana, o de lo desconocido», Ernesto Ayala-Dip, Babelia, El País.

MIRAR AL AGUA

PUES LA TAL GRACIELA SE VUELVE DE GOLPE y me suelta:
—Si no te gusta, vete, y nos ahorramos los resoplidos.

Para qué iba a contestar. Se veía que la tía estaba muy enfadada, así que mejor dejarlo. Conque se da la vuelta y sigue de charla con sus amigas. Es lo que más me jodió, que siguiera como si tal cosa; y encima Chus me dice que qué pasa conmigo. Pero Ángel también se había burlado, sobre todo al principio, y a él no le había dicho nada. Y esa vez por lo menos sí que tenía razón en reírme, porque había que ver aquel mamarracho de muñeco con forma de bebé de color verde, ¡y con pirulís de colores en los ojos!

La verdad que me sentó mal; le dije a Ramiro que se viniera conmigo a tomar algo, pero él se lo trataba de hacer con una de las chicas y no quiso. Así que como recular ya no podía porque fui tan tonto de decirlo en voz alta, a los veinte minutos me tienes en la barra con un copazo.

Tomando algo es un decir. No me apetecía beber solo, además era temprano. Esa Graciela se había pasado conmigo; que me hacía gracia era verdad, pero yo tenía derecho a expresar mi opinión lo mismo que cualquiera. Y sólo habíamos visto unos cuadros espantosos, cosas raras tiradas por el suelo, maquinitas absurdas y vídeos sin sentido. Que yo no digo que entienda como ella, pero sé reconocer el arte si lo veo; y casi todo lo que exponían allí lo hace hasta un mono si lo dejan. Me eché mi risa, imaginándomelo con sus pinceles, las pinturas, la tela; un letrero de «Artista trabajando», y una panda de pirados mirando y aplaudiendo detrás de los barrotes.

¿Y yo iba a quedar mal por no seguirles la corriente? Si sabía que Ramiro y Ángel pensaban lo mismo. ¡Estaban disimulando!

Pensé que hablarían mal de mí, y me dio rabia.

Pero tenían razón; me había comportado como un idiota. Íbamos a la exposición para ligar con aquellas tías, ahora ellos se las estaban trabajando y yo allí solo perdiendo el tiempo. La semana anterior me había cortado el pelo; y esa tarde estrenaba una camisa y una corbata; ¿de qué me servían ahora? Por abrir la boca.

En fin. Dejé que pasara un rato y luego fui a buscarlos; habíamos dicho que veríamos los pabellones G y H, y luego los E y F. Era la feria más grande que había visto en mi vida, y toda de arte. Tardaría bastante en encontrarlos.

Un sábado por la tarde, en vez de ir de copas o al fútbol, todos aquellos tíos allí mirando cuadros y charlando de que si esto o lo otro. Encima con su aire de marciano. Afortunadamente, se veían tías buenas y daba gusto pasear por los pabellones. Aunque muy raras, eso sí, porque parece que no había término medio: o vestidas

todo de negro, o con demasiados colores; te mezclaban una chaqueta con una falda de lino; unas con ropa holgada que no dejaban ver el cuerpo, o con escotazos; el pelo mechado... Ahora, casi todas tenían algo especial en la mirada, difícil de explicar, como más despierta, bonita; digo que porque serían artistas o estudiantes. Para verlo. Sin duda, lo mejor de la exposición eran las chorbas.

Cuando miré el reloj daban las siete. Tenía que volver para que no creyeran que me había mosqueado por lo de antes. Me puse a buscarlos un poco nervioso ya porque no los encontraba. En esto que por fin veo a una que se llamaba Paula y que iba con Chus, y detrás a Ramiro que se había arrimado a la rubia. Seguro que de lo que hablaban no tenía nada que ver con lo que estaban viendo. Mientras que la amiga Graciela se había quedado atrás, mirando sus cuadritos así y asá, no se le perdiera un detalle.

No sabía cómo acercarme para no llamar demasiado la atención; sobre todo para no molestar a mis amigos. Conque me doy cuenta de que me va a tocar quedarme con la lista. Me dije, yo no le pido perdón si ella no se disculpa. También podía hacer como que me interesaba su rollo, a ver por dónde salía ella. Le demostraría que no me afectaba lo que me había hecho. Al final, y como temí, me encuentro otra vez en la casilla cero: al lado de Graciela que, la verdad sea dicha, estaba guapa tan concentrada mirando una de las obras.

Era un cuadro por llamarlo de alguna manera: cubierto de clavos y con muchos hilos de colores de un lado a otro. A mí me parecía una mierda, pero no iba a decírselo viendo su interés. Así que le suelto:

—Esos hilos da igual donde vayan, porque no forman ninguna figura.

La tía no responde; se me queda mirando como si fuera un subnormal, y me dice:

—Sí, es una disposición arbitraria... no creo que importe.

Luego pega la media vuelta y sigue adelante. Reaccioné al momento y me fui tras ella. No iba a aceptar que me dejara después de hablarme en ese tono, creyéndose la tía que por saber del tema podía despreciarme.

Ella iba a lo suyo. Se paseaba por los paneles de los *stands*; y de vez en cuando se paraba delante de alguna obra, la miraba despacio, se fijaba en un lado, en otro, se acercaba y se alejaba como si hubiera algún secreto. Y sin abrir la boca. Menudo rollo; pero yo no tenía opciones.

En esto que llama a una de sus amigas para que se acerque a ver algo, y Chus viene con ella. Se ponen a hablar las dos; y él me da una palmada como de broma y me dice:

—¡Qué!, ¿dónde te has metido?

—Por ahí, viendo cosas.

Me da otra palmadita, pero sin mirarme a los ojos.

—La has cagado.

Y en vez de seguir hablando, se pone a decirles algo a ellas. Me vinieron un montón de cosas a la cabeza al mismo tiempo. Que era estúpido, que mis amigos pasaban de mí, que creerían que había puesto en peligro nuestros planes. Me quedé rígido. Menos mal que no duró mucho. Se miraron los tres de forma rara y, entonces, Chus y la otra chica se marchan como si se despegaran de mí; al mismo tiempo, Graciela echa a andar en otra dirección.

Me vi solo otra vez. No sabía qué hacer, si quedarme quieto, si correr detrás de ellos; tampoco iba a seguir a Graciela. Estaba bloqueado. ¿Por qué habíamos ido a aquella maldita exposición? ¿Por qué siempre era yo

tan torpe? Me puse enfermo, temí quedarme sin nadie en medio de aquellas salas. Hasta sentí que me dolía la rabia.

Entonces, Graciela se volvió un poco. No supe si porque quería sacudirse el pelo o para invitarme; pero sin esperar nada me adelanté hasta ella, disimulando lo que sentía. Me pareció que no le molestaba que yo la acompañase.

–Yo no entiendo mucho –le dije. Ella sonrió:

–No es mal punto de partida.

Le aclaré que había muchas cosas que no me gustaban. Me responde.

–Hay bastante porquería.

Cuando me di cuenta nos habíamos metido por uno de los pabellones.

En una pared encontramos una hilera con más de veinte fotos pegadas; eran imágenes de guerra: tanques, casas bombardeadas, carreteras destruidas, aviones tirando bombas... Al lado un cartel que decía: «Cómo se construye la realidad», o algo parecido.

–Por ejemplo... esto –decidió ella.

A mí no me desagradaba. No se veían muertos, pero las fotos estaban bien hechas. Y siguió:

–Son fotos documentales. Se supone que el artista quiere criticar la producción de imágenes pero es muy superficial, no las analiza ni examina los recursos...

Yo no entendía qué quería decir; pero parecía completamente segura de sí misma.

–Ya –dije.

–Es puramente espectacular, decorativo. Una infamia.

No iba a replicar que me parecían las fotos de una película...

Recorrimos otros lugares. Ella empezó a comentar algunas de las cosas que veíamos. Cuadros, esculturas, lo

que llamó instalaciones, incluso vídeos. Yo también hacía algún comentario, nos reíamos. Se notaba que ella adoraba el arte, pero tenía sentido del humor. Y yo traté de no pasarme diciendo chorradas; sólo para crear buen ambiente.

En esto llegamos a un sector y veo un Lego gigante, lo menos de tres metros. Le digo que yo había jugado con esos muñecos. «No sería con ese», me contesta. Era un soldado de muy mal aspecto, con un corte en la cara, que llevaba un machete y apuntaba con una pistola a la cabeza de otro de rodillas y en camisa que estaba como suplicando. Graciela leyó en voz alta el cartel:

—«Nadín Ospina, Juguetes para Colombia». Un día el artista vio a su hija con esos muñecos: unos eran guerrilleros y otros gente de piel blanca vestida con bata: médicos, enfermeras... Comprendió que su hija tenía que jugar con imágenes estereotipadas; y de que así la sometían a una forma de colonialismo. ¿Entiendes? —le dije que sí—. Él quiere subvertirlo, presenta a un terrorista y a su víctima como si fueran algo típico de su país; para desvelar los prejuicios de los espectadores.

Me había sorprendido su explicación.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Lo leí en una entrevista —rió.

—Pues yo no veo nada.

—Claro —me dijo—. Mirar no es sólo cuestión de los ojos; debe intervenir la capacidad asociativa.

No sonaba pedante.

—Se mira con el cerebro. O no se ve en absoluto.

La lección acabó ahí, porque se dio cuenta de que se estaba poniendo en plan profesora.

Llevábamos un rato largo; a su lado el tiempo se me pasaba de otra manera. Por otra parte, ni rastro de mis amigos, debía estar cada uno montándose con su elegida.

Mucho público ya se había marchado, y los pabellones que se iban quedando medio vacíos daban como una cierta tristeza. Sin embargo, yo me encontraba a gusto.

–Vamos a ver a Plessi –propuso ella.

Recorrimos el pabellón y llegamos a una esquina donde había varias habitaciones, separadas del resto con cortinas. Entramos en una. Al principio no se veía mucho; luego los ojos se te acostumbraban. La sala estaba en penumbra, iluminada solamente por unas luces amarillas que había en el suelo. Aquello tenía aire de iglesia. Avanzamos, y hacia el fondo vi la pantalla grande de un televisor con unas letras fluorescentes en color azul:

MATER

Nos quedamos quietos. Yo traté de leerlas: Maler, Mater; pensé si sería un idioma raro.

–Mira –me dijo Graciela.

Me esforcé. Eran tubos luminosos como los de cualquier casa, aunque azules, que salían en una televisión. Las letras brillaban, se veían bien. Pero sin sentido. Y en esto me doy cuenta.

Debajo, un poco delante, se reflejaban las letras invertidas y se podía entender:

WATER

Habían colocado un recipiente grande con agua bajo la pantalla.

Nos quedamos mirando. En ese momento, empecé a entender algo y se lo dije:

–Directamente no se puede... en la televisión no se ve nada, como si dijéramos que no tiene lógica mirar

ahí –me entusiasmó mi propia idea–: se comprende sólo cuando se refleja. Hay que leer en el agua.

–Aunque fluctúen las letras... –añadió ella.

–Ya. La visión no es perfecta... Pero es la forma verdadera, ¿no?

Ella dijo:

–No sé si la verdadera... porque el agua se mueve, y hace que nuestra visión varíe. Nunca termina de concretarse.

–Con todo ocurre lo mismo –seguí yo–: da igual lo que se diga, ¿no? Si miras al sitio equivocado, te quedas sin comprender.

No nos movimos, contemplando las imágenes. Me sentía tranquilo en aquella sala en silencio. Deseé que no viniera nadie a molestarnos y se lo dije a Graciela:

–Me gusta este lugar.

–Bueno –susurró–. Podemos quedarnos todo el tiempo que quieras.